

EDUARDO SAMUEL PAREJA SIÑANIS (LLALLAGUA, 23 DE MARZO DE 1957 - LA PAZ, 23 DE JUNIO DE 2020)

Jedu Antonio Sangárnaga Meneses



Afable, “dicharachero”. Siempre dispuesto a ayudar de buen agrado. Así fue Eduardo, colega y amigo que hace casi cuatro años nos dejó para ir a encaramarse allá arriba, con los Apus y Achachilas.

Apenas egresado de ingeniería química, fue enrolado al Instituto Nacional de Arqueología (INAR) en 1981, como ayudante del recientemente creado laboratorio que Carlos Ponce Sanginés había instalado allí, sobre todo con el propósito de hacer funcionar un procesador de centelleo líquido para la obtención de fechados radiocarbónicos. El aparato al fin no funcionó; pero Eduardo permaneció en ese laboratorio –que pasó a llamarse “de conservación”– del cual fue jefe por muchos años.

Fue justamente en 1981 que le conocí, pues ingresé al INAR el mismo año al Departamento de Procesamiento de Datos que estaba a cargo del Ing. Pereira, a quien amistosamente le decíamos Pininus. Casi al mismo tiempo, ingresó a la institución Carmen Beatriz Loza, inquieta investigadora, estudiante -por entonces- de la Carrera de Historia. Pronto hicimos amistad los cuatro, y recibimos de parte de los demás funcionarios, el apelativo de “Patrulla Juvenil”, por una serie de televisión en boga por entonces. Según eso, Pininus nos dirigía (por ser el mayor), y Eduardo, Carmencita y yo éramos el brazo operativo. Fue una época corta, pero entretenida. Luego poco a poco nos fuimos alejando del INAR buscando nuevos

derroteros y quedando Eduardo hasta el final. La amistad, empero, nunca se desvaneció.

Eduardo se especializó en conservación, llevando a cabo importantes trabajos entre los que se puede citar la restauración y conservación de los chullpares del río Lauca en el departamento de Oruro, la de Akapana (Tiwanaku), el Fuerte de Samaipata, etc. También aportó en la museografía de Tiwanaku, Copacabana, Samaipata, Iskanwaya, Aiquile, Totora y otros. Pero es de hacer notar que Pareja dirigió y codirigió distintos e importantes proyectos arqueológicos como el relacionado con el Arrecife de Khoa, con inmersiones subacuáticas en el lago Titikaka, junto al renombrado arqueólogo norteamericano, Johann Reinhard; o el programa de excavaciones en Cundisa (Copacabana), y gran parte de la península, junto a los esposos Karen Mohr y Sergio Chávez, renombrados estudiosos del pasado.

Esa permanente relación con el mundo arqueológico boliviano le llevó a ser más arqueólogo que muchos, aunque por diversas razones no hubiese alcanzado el título académico.

Poco antes de su partida final había sido injustamente alejado de la Unidad de Arqueología, pero siguió colaborando en proyectos tales como el que se llevó a cabo en Chacoma (Viacha) en 2018 junto a Sagárnaga y Esquerdo; o el de Chicani, junto a Carlos Lémuz y Karina Aranda en 2019. Y es que a él le movía la pasión y la solidaridad. Aparentemente en su vocabulario no existía la palabra “no puedo” o “no quiero”, y siempre estaba dispuesto a ayudar; lo que más le enaltece, es que no esperaba retribución por ello. Tal vez solo el agradecimiento, que muchas veces le fue escamoteado. En ese afán altruista, tocó la vida de muchas personas, aunque no siempre obtuvo el reconocimiento que merecía.

La pandemia por el COVID 19, que a muchos nos tuvo confinados, también le esquivó la presencia física de sus mejores amigos para darle el último adiós. Sin duda, su nombre quedará grabado en las páginas de la historia de la arqueología boliviana y nuestro espíritu volará para posarse junto al suyo en algún templete semisubterráneo de la amplia planicie de Viacha que él tantas veces prospectó. Se llevó a la tumba conocimiento amplio y valioso, lastimosamente nunca compartido, pero también se llevó el reconocimiento y aprecio de quienes tuvimos la fortuna de conocerle y contar con su valiosa amistad.

Vivirás siempre en nuestros pensamientos, apreciado Edu.

Jédu Sagárnaga